

Pero aún mejor había sido el primer tiempo, poderoso y melodramático, con una música que saltaba o se recogía en sí misma con la ferocidad de un tigre amenazado.

Si Daniel Barenboim construye tiempos de sonata feroces, Martha Argerich es feroz por sí misma. Su recital fue todo energía ya desde el inicio, la Segunda Partita: o sea, Bach, que dicen que es una de sus especialidades. Y vaya si lo es. Como que uno se olvida de que aquello es un ejercicio, y de que está escrito para clavicémbalo, y de que es Bach, y de todo, vamos. En manos de la Argerich aquello se convierte en un ente fabuloso e incontenible que te coge en volandas, y te trae, y te lleva, y te acaba dejando sin respiración. Y eso no fue nada, que luego vino Prokofiev: la terrorífica Sonata Séptima, de la que muchos destacan su fuerza descriptiva, cuando quizá sea más fácil, ahora, ver en ella la obra de quien busca retroceder estilísticamente de la manera más digna, mirándose en el espejo de Ravel. Fuera de contenidos e intenciones, de lo que no deja dudas la Sonata es de que Prokofiev acumuló en ella efectos y dificultades porque pensaba en un ejecutante excepcional, Sviatoslav Richter, el Sviatoslav Richter de principios de los años 40. Y lo mejor que se puede decir de Martha Argerich es que, si Prokofiev hubiera tenido que pensar en ella, no habría cambiado nada, y hasta a lo mejor hubiera complicado más la cosa.

Tras el descanso, que nos merecíamos todos, llegó la Tercera Sonata de Chopin. Las notas del programa advertían del error de considerar esta música como "frágil y enfermiza", pero con Martha Argerich no hay peligro. Su Chopin es resuelto, categórico y rebosante de salud: homérico e impetuoso, más que Chopin parece John Wayne. Aquello fue de verse. La Argerich volaba por pasajes de endemoniado virtuosismo, y descargaba con la mano izquierda acordes que eran como puñetazos en el ojo. En música clásica no sé cómo decirlo, pero a eso en el jazz se le llama tener swing. ¡Qué bárbara! Cuando terminó la Sonata, retiró las manos bruscamente, como si el piano diera calambre. Y yo juraría que sí, que lo daba. Si no, no sé a qué espera. ■ JOSE RAMON RUBIO.

DISCOS

Orquesta Mondragón: los límites del plástico

EN el raquítico panorama de la música rock de este país, es difícil que se produzca un fenómeno como el de la Orquesta Mondragón. Antes de grabar un solo disco, este grupo donostiarra se ha venido labrando una merecida fama, a través únicamente de sus actuaciones en directo —escasas, pese a todo— y a las noticias que, como olas, se han venido recibiendo de sus milagros y hazañas. Después de dos años aproximados de andanzas, al fin la Mondragón ha lanzado al ruedo un LP (1), no por esperado menos inquietante.

Las dificultades, a priori, de esta grabación eran evidentes: la banda de Javier Gurruchaga y Cía. es un espectáculo, ante todo, visual, escénico. Era problemático reconstruir la atmósfera que la Orquesta es capaz de ofrecer en directo, y trasplantarla al "plástico". Muchos de los "gags", montajes y sorpresas que son moneda corriente en una actuación son imposibles de recoger en un estudio de grabación. La empresa era, pues, de todo punto complicada; el reto, suficientemente apasionante, sobre todo para un grupo que, más allá de su presunto y aparente "pasotismo", quiere realizar un

(1) Orquesta Mondragón: *Música hinchable* (Emi Odeón 10 C 064-0216291).

Javier Gurruchaga, vocalista de la Orquesta Mondragón.



Cultura a la contra

Infamia ciudadana

HACE más o menos un año se podía ver en nuestras calles carteles de una agencia publicitaria con las fotos de presuntos grapos en una llamada al soplo, a la denuncia. No les bastaba a nuestros mandatarios con engañarnos haciéndonos creer en la existencia de una democracia fantasmal, carnavalesca —no puede haber democracia que base su existencia en el terror y en la mutua desconfianza—; pretendían, además, envilecernos con la traición y la denuncia, amparadas en el miedo bien orquestado a los grupos terroristas. Miedo, engaño y envilecimiento, armas que emplean las carceleros de todas las prisiones del mundo para dominar a sus presos, haciéndoles perder la dignidad. Miedo, engaño, envilecimiento del personal: armas de quienes han desechado los sistemas directos —poco adecuados para entrar en el club comercial de las democracias europeas— de la dictadura, pero que siguen necesitando, en tanto que Gobierno, la esclavización de todos sus administrados. Y también ignorancia, desinformación, inseguridad. Vivimos en un mundo que se nos oculta y tergiversa, más ignorantes en lo que a nuestra realidad respecta que pudiera serlo un hombre de la Edad Media con respecto a la suya.

Uno de los frutos de esta campaña de desinformación y terror es la creación de comités de ciudadanos cazadores que, en el cinturón industrial de Madrid, concretamente en Móstoles, se han organizado en bandas más o menos armadas para perseguir y golpear a los "delincuentes juveniles". Se ha dicho y repetido que en nuestra sociedad el ser joven supone ya un delito. Ser niño y pobre, por lo visto, es un doble delito, y los ciudadanos aterrados persiguen a niños de quince años, de catorce, de doce; a niños que por ahora no tienen edad para entrar en la cárcel —en Carabanchel, quiero decir; no en la calle, que ya es una cárcel—, ni posibilidad de ir a la escuela, pero que ya son calificados —clasificación desinformativa y terrible— "delincuentes habituales". Hijos de padres en paro o de madres solteras, de familias con problemas gravísimos, se encuentran nada más entrar en el mundo con una vida áspera e insatisfactoria, con una situación de inferioridad y desesperación. La mayor parte de los medios de comunicación echan la culpa de su conducta delictiva a la televisión, al cine —a la parcela de la cultura a la que tienen acceso la mayor parte de los españoles—, o a un supuesto "impulso juvenil de rebeldía". Es curioso comprobar que la nefasta influencia de la cultura de la imagen, con su violencia y su sexo, se ejerce sobre todo, y da sus frutos, sobre niños miembros de las clases sociales y económicas menos favorecidas; no lo es tanto que en esas clases el "impulso de rebeldía" resulte más acusado; cuando no se tienen cubiertas las necesidades vitales —vivienda, alimentación e incluso diversión, que también es una necesidad— resulta bastante normal la rebeldía; no es una tosferina que ataca a todos los humanos a ciertas edades.

Y conste que yo no estoy a favor del ejercicio de la delincuencia; me molesta como a todos el que me roben o me apaleen (si me violasen lo tomaría como un curioso rasgo de humor). Ahora bien, nunca he creído en el linchamiento —ni en el linchamiento legal ejercido por aquellos que están facultados para hacerlo— como medio para erradicarla. Me parece que el problema no está en quien delinque, sino en las circunstancias que le llevan a ello. No creo que el hombre sea bueno o malo por naturaleza: es un animal con necesidades que satisfacer. Y la sociedad, tal como está instituida, impide a la mayor parte de los hombres el satisfacer sus necesidades. Si hay que perseguir a alguien con garrotes es a los responsables de tal estado de cosas, no a sus víctimas.

Pero ahora ciudadanos aterrados ejercen su labor de vigilantes, como en una película del Oeste. Y si cazan a alguien será a una víctima más, a uno de los suyos. El miedo y el valor que el mismo miedo genera se podría emplear para otras cosas. ■ EDUARDO HARO IBARS.